

nia ya las sectas en su seno y no podia eliminarlas sin disolverse á sí mismo; ahí pues se estableció la tolerancia de los males con que aquella sociedad habia nacido, que le eran inherentes atendido el modo con que se habia formado, y de que no era posible dejarla exenta. Compárese esta tolerancia con la que se ha decretado en México. Materialmente es tanta la conformidad que el artículo de las adiciones de la Constitucion mexicana en que se establece la tolerancia, es casi literalmente el mismo de las adiciones ó enmiendas de la Constitucion de los Estados- Unidos en que se decretó allí la tolerancia; pues dice el primero: «El Congreso no puede dictar leyes estableciendo ó prohibiendo religion alguna;» y el segundo se expresa así: «El Congreso no podrá hacer ley alguna para el establecimiento de cualquier religion ó para prohibir su libre ejercicio.» En lo material, como se ve, es muy perfecta la imitacion. ¡Pero qué enormes diferencias se mal encubren con esa identidad material! En los Estados- Unidos son coetaneos la sociedad y el protestantismo: en México, reconstruida la sociedad despues de la conquista, le es coetaneo el Catolicismo: en los Estados- Unidos jamás ha habido unidad religiosa; en México esta unidad cuenta mas de tres siglos: en los Estados- Unidos las sectas se hallaban en el seno de la sociedad y las componian los individuos del mismo pueblo que hacia su independéncia y se constituia; en México las sectas han de venir de fuera: en los Estados- Unidos los intereses de los diversos sectarios eran intereses de ciudadanos norte-americanos; en México son de extrangeros los intereses de los sectarios que se llaman: por lo mismo, en los Estados- Unidos se decretó tolerar un mal inevitable; en México con el nombre de tolerancia se decreta introducir el mal que no se tiene para tolerarlo despues. La conducta de ambos gobiernos pudiera compararse con la del pobre que tolera su pobreza y la del rico que se despoja de sus bienes para tener pobreza que tolerar, con la del enfermo que tolera sus dolencias y la del sano que perjudicara su salud para poder tolerar las enfermedades: así México deberá perder el inapreciable bien de la unidad de que es poseedor para parecerse á su vecino á quien ve tolerando la desunion

Y hay en la ley de tolerancia la circunstancia tristísima de que cede únicamente en favor de los extrangeros. Ningun mexicano la necesitaba para nada, porque todos los mexicanos profesan la Religion católica y los muy pocos que por desgracia la hayan abandonado, no tienen religion ninguna: mas ni los católicos ni los faltos de religion necesitan ni templos protestantes, ni ministros protestantes, ni enseñanza protestante. Los extrangeros, pues, son los únicos favorecidos con la tolerancia; si ella se llega á sistemar con los hechos, será con la introduccion de un poderosísimo elemento heterogéneo traído del extranjerio. Así es como se quieren curar nuestros males: á las divisiones políticas se quieren añadir las divisiones en los elementos mismos que constituyan la sociedad mexicana y las desastrosas divisiones en la religion. Si los mexicanos por desgracia están divididos en sus opiniones políticas, todos son y se miran como mexicanos, todos, con las muy raras excepciones de los que no tienen religion, reconocen una sola moral, uniforman su conciencia por unas mismas máximas, se reunen en un mismo templo y allí escuchan una misma enseñanza de justicia y caridad, y al pié de los altares todos se llaman hermanos; pero ahora se trata de que se levanten los

templos de la mentira insultando al augusto santuario de la verdad, de que se erija altar contra altar y enseñanza contra enseñanza; y todo esto se pretende realizar por medio de extrangeros de erradas creencias, introduciéndolos en el país y protegiéndolos decididamente, con lo cual serán mucho mas desastrosas las consecuencias de las divisiones, despedazándose los poderosos vínculos de unidad religiosa y nacional que hasta hoy enlazan á los mexicanos. ¡Ojalá se mediten las desgracias que se preparan á la Patria cuando todavía es tiempo de evitarlas, y no suceda que despues se quieran remediar los males cuando ya no sea posible aplicarles ningun remedio!

PRESB. AGUSTIN DE LA ROSA.

LA RAZON HUMANA ORIENTADA Y ELEVANDO SU VUELO EN LA EPOCA ACTUAL EN ALAS DEL CATOLICISMO.

La palabra de orgullo murmurada por el tentador al oído de la primera mujer en el nacimiento de la humanidad, ha repercutido mas ó menos sus ecos seductores y pérfidos al través de los siglos, y en todas las frecuentes representaciones de la deplorable escena del Eden la estirpe humana no ha desmentido un ápice el vicio contraído en su raíz. La herida profunda que en el principio de las cosas abriera á la razon del hombre su perseguidor implacable, arroja todavía borbotones de sangre fétida siempre que el enemigo rasga la mal cerrada cicatriz.

Dominada la materia por el espíritu, la fuerza brutal por el pensamiento, el paganismo por la Cruz; disipadas las tinieblas idolátricas por el Sol del Gólgota, emancipada la humanidad por el Redentor y alzado por el Hombre-Dios el denso velo de la Ley, un horizonte grandioso y sin límites se descubrió á los ojos insaciables de la razon humana. Vivificada esta con el Evangelio, en alas de la verdad y de la legitima libertad remontó su vuelo por los espacios de lo infinito y de lo imperecedero; en una lucha sin cuartel pudo regenerada en el llanto vencer la espada y la tiranía con el sufrimiento, la barbarie y la brutal ferocidad con la dulce á la vez que terrible voz del cielo el islamismo con los esfuerzos del sentimiento religioso y del patriotismo heróico inspirado por la Religion. A la luz de la antorcha de la Revelacion reunió los elementos dispersos del antiguo saber, y purificándolos y reanimándolos con su sopro divino, los adunó y mezcló con el depósito inmenso de la ciencia cristiana, levantó esta á una altura que contemplarán con asombro todos los siglos y se cernió llena de majestad en las regiones mas elevadas de todas las ciencias del espíritu para derramar despues los esplendores de estas sobre todas las inferiores de la materia. Solo Dios sabe hasta qué altísimas eminencias habria ascendido la razon humana por las anchurosas sendas que la Revelacion le mostrara, si el genio del mal no hubiera opuesto envidioso valladares inmensos á sus adelantos gigantesco. «¿A dónde va el hombre» —diria el soberbio espíritu— «alumbrado con tanta luz del cielo y guiado en todos sus pasos por la Religion? No, no se emancipará tan fácilmente de mi dominio; lo seduciré y volverá á ser de nuevo mi esclavo. Le diré otra vez que divorciado de Dios será como Dios,

y dejado á sí mismo de grado ó por fuerza me reconocerá como su único dueño y me rendirá el culto debido á su Criador.» Reanimó entonces las cenizas muertas del paganismo; vistió de gala aquel podrido esqueleto dándole el nombre pomposo de Renacimiento; mostró su postiza y falaz hermosura á una gran porcion de la humanidad, y esta como digna hija de la madre Eva cayó de nuevo en la tentacion y se perdió. ¡Desgraciada! desde aquel momento desapareció de su vista la columna de nube y de fuego que la dirigia, y engañada por una luz rojiza y fugitiva que la deslumbra y la deja envuelta entre tinieblas, como al viandante el súbito esplendor del relámpago escapado del seno de la negra nube entre los bramidos de la tempestad en una noche lóbrega, la pobre razon descreida hace tres siglos que, presa del orgullo y soplada con impetuosidad por el viento de la impiedad y el fuego de los sentidos, no encuentra en su difícil marcha mas que hondos abismos cuya vista le produce vértigos, y habiendo recorrido desesperada y loca una á una todas las oscuras regiones del error y del crimen, jadeante de cansancio se para y se contempla desolada y moribunda, rodeada de ruinas y de catástrofes, hecha el ludibrio y la continua víctima de su infernal tirano. ¡Infeliz! ¡La desnudez, la miseria, el dolor y la muerte fueron las conquistas de tu falta! ¡Esta fué la apoteosis á que el infame tentador te levantó, esa la prometida deificacion con que te sobornó para sus planes impios! La historia de los tiempos modernos es el drama terrible en que ese argumento ha sido desarrollado maravillosamente. La crítica imparcial con sus últimos trabajos ha preparado el escenario con tal maestría y aparato, que el espectador sincero ve de golpe y de frente con exactitud la representacion toda, si no corre el velo de las malas pasiones ante las pupilas de su alma.

Los medicamentos eficaces deben tener propiedades contrarias á las enfermedades á que se aplican. Los grandes vicios se remedian con las grandes virtudes opuestas. La enfermedad de la razon nació de la independencia y aislamiento de la fé; la curacion debia obtenerse por la vuelta y sujecion á la misma fé. El hombre, que pudo ó no adherirse á cualquiera autoridad, no será nunca libre para no tenerla. Abierto el pozo del abismo, establecido por principio el juicio individual, ya nada fué sagrado para la razon extraviada. Cual bruto desbocado derribó en su carrera cuanto á su paso se le opuso, hasta caer despeñada en la espantosa sima del ateísmo sensual, hasta rendir homenaje y adoracion al autor de su desdicha. La anarquía religiosa la empujó al abismo: la autoridad en su mayor grandeza debia sacarla de él. El Altísimo se ha complacido siempre en humillar y burlar al enemigo del linaje humano, convirtiendo para este en realidad sublime lo que Satanás finje para engaño y para ruina por contrarios medios. En el paraíso el genio del mal inventó que nuestros padres por el camino del orgullo serian como dioses, y los perdió. «Yo me vengaré,» —fué el plan del Altísimo, — «por la humildad serán como dioses.» Y el consorcio de la humanidad con la Divinidad en Jesucristo, nuevo Adán, dió cima al altísimo proyecto. En los modernos tiempos inspiró el padre de la mentira á la razon curiosa el establecer sobre su fallo individual todo saber, el levantar el edificio científico, moral, religioso y social sobre el jui-

cio privado, proscribiendo la autoridad de la Iglesia y el orden divino del Catolicismo; es decir, la prometió la exencion del error y la aproximacion á Dios por las vías de la rebelion; y otra vez la engañó y la perdió. «De nuevo me vengaré,» —resolvió el Omnipotente— «por la sumision á la autoridad el hombre individualmente será libre de error en lo que mas que nada le interesa; su inteligencia y su corazon no sufrirán desvío ninguno al dirigirse á Mí, siempre que fuere dócil: por la humildad se elevará á Dios.» Y el dogma de la infalibilidad pontificia elevó al rango de verdad de fé la protesta de la venganza divina. Siempre habia existido para la razon un faro esplendente que emitia sus reverberos inextinguibles hasta las mas abstrusas cavidades del pensamiento. Las decisiones del cuerpo de la Iglesia siempre habian sido y serán la última palabra para las creencias y las costumbres, si no se quiere que la razon muera faltándole la vida de la fé, como las plantas languidecen y espiran cuando les niega el sol su calor vivificante. Tambien la cabeza en todo cuerpo siempre habia sido considerada como superior á los demás miembros y su accion como centro y directriz de todos los movimientos. La palabra de Roma era para la Iglesia Universal el término de toda discusion y el fin de toda causa. Pero el espíritu revolucionario sopló con tanta fuerza sobre el principio de autoridad, salvaguardia del orden divino implantado para todos los siglos por el Cristianismo, que su impetuosidad llegó á sacudir con violencia una de las mas robustas ramas del árbol de la Iglesia, por si pudiera con esto mecer el tronco para aflojar las raíces y arrancar de cuajo toda la planta. Por la parálisis de la cabeza se quiso hacer morir el cuerpo. Despojada de su natural importancia el Pontificado la Iglesia pereceria por las leyes naturales de la mortalidad. El Galicanismo pondria con su triunfo la lápida mortuoria sobre la tumba del Catolicismo. El plan de la descentralizacion de la autoridad llevaba en sí la evaporacion de la misma por la superficie; camino directo de la entronizacion del espíritu privado que es lindero á su vez de la apoteosis de la razon, de esa apoteosis horrenda que termina en la esclavitud de la misma bajo la férula del verdugo de la humanidad. Fué, por lo mismo, absolutamente indispensable obrar en sentido directamente contrario. A las demasías de la autonomía oponer la sancion ineludible de los fallos de la autoridad. A la última evolucion del juicio privado la mas profunda sumision. A la razon individual la fé. Al llamado *espíritu moderno* la infalibilidad del Papa. Hé aquí á la razon curada, vigorosa y ágil para proseguir su marcha de verdadero progreso hasta sus destinos gloriosos. La fé de nuevo la ha salvado y en alas de ella volará rápidamente al pináculo de la perfeccion. ¡Honor y gratitud al Catolicismo que ha disipado una vez mas las tinieblas que circundaran la inteligencia del hombre!

El nuevo carril de la razon es firmísimo, desembarazado y glorioso. Satisface plenamente sus aspiraciones inmensas, la enaltece sobre toda ponderacion, la pone al abrigo de los cataclismos y la reviste de pujanza y ardimiento á la vez que de modestia, y sin mengua de su dignidad y grandeza.

Ese carril es firmísimo. La palabra de Dios es nada menos que la garantía de su estabilidad. El lo ha dicho y no se arrepentirá. Los cielos y la tierra podrán faltar, pero ni una sola jota ó ápice de las promesas di-

vinas dejará de cumplirse. La fé de Pedro jamás experimentará el menor desfallecimiento mientras la protesta de Dios fuere una verdad. «Simon, Simon, mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como el trigo: —Mas yo he rogado por tí, para que no falte tu fé: y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos.» (S. Lúc. XXII. 31. 32.) «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.» (S. Juan. XXI. 15. 16. 17.) «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» (S. Mat. XVI. 18); ha dicho la Palabra Divina, y así será, mal que le pese al *mundo moderno* animado por el espíritu del mal y del error. Esos testimonios perentorios son la base incontrastable sobre la cual cruza el carril firmísimo de la razón. Hagamos una reflexión ligera sobre cada uno de ellos separadamente.

«Yo he rogado por tí para que no falte tu fé, y tú una vez convertido, confirma á tus hermanos,» sienta el Sagrado Texto. Estas palabras de significado inmenso son dirigidas exclusivamente al Príncipe de los Apóstoles, como sin vacilación ninguna se colige de los mismos términos. Envuelven la indeficiencia de la fé de Pedro: porque los ruegos de Jesucristo inclinan siempre la voluntad del Padre hácia los favorecidos. La infalibilidad no va en ellas como un privilegio del personal de Pedro, sino de su carácter augusto de Cabeza y de Pastor Universal; la confirmación de los hermanos en la fé, ó mejor dicho, la enseñanza de ella pura y sin defecto á los preladados y los fieles, á la Iglesia Universal, revela nada menos que las atribuciones supremas del Gefe de la Iglesia. Y como la Iglesia es indeficiente y su perfección inalterable; como no solo al nacer debía tener Cabeza visible para vivir después decapitada, sino que en todo tiempo cautivaría con su hermosura el corazón de su Esposo, la indefectibilidad de la fé debía transmitirse íntegra al través de los siglos en los Romanos Pontífices, los sucesores de S. Pedro. ¿En qué quedaban de lo contrario las divinas promesas? ¿Qué es del cuerpo humano cuando el cerebro está desorganizado? ¿Qué sería de la Iglesia cuando su Cabeza estuviera perdida y delirando quemada por la fiebre del error? ¡Ah! ¡la pobre demente sería la befa del infierno y acabaría por perecer del modo más lastimero, presa de los furiosos de la más triste enfermedad! Jesucristo la habría engañado, y habría hecho burla de su credulidad. ¡Blasfemia horrenda, pero á que conduce la severidad inflexible de la lógica! La fé nunca faltará, por tanto, de los sucesores de Pedro. Su indeficiencia estriba en la palabra de Dios. La lengua original del testimonio citado con su riqueza ideológica y artística nos da á conocer esa consoladora verdad con una elevación, grandeza y energía de pensamiento á que no les es dado alcanzar á la versión latina y á las de las lenguas modernas por su inferioridad al idioma inmortal de la culta Grecia. Es de notarse que los tres verbos y el participio del texto á que nos referimos (*ἑδεήθην, ἐκλίπη, ἐπιστρέψας, στῆρισον*), vertidos al Latin por (*rogavi, deficiat, conversus, confirma*), están todos en el aoristo del modo respectivo, dando al pensamiento una extensión y profundidad que arrebatara de admiración é infunde el mayor entusiasmo y afición hácia una lengua tan rica é inmensamente filosófica y consagrada por la pluma inspirada de los escritores sagrados. La propiedad característica y esencial de ese tiempo precioso del verbo griego es, como lo expresa su nombre de *ilimitado*, lo universal, lo

inmenso, lo infinito, lo eterno; ofrece cierta vaguedad misteriosa, cierto horizonte sin límites, etéreo, vaporoso, donde la inteligencia puede dilatar su vuelo sin fin, donde su vista se llena sin saciarse jamás y donde la infinidad se revela á través del misterio con todo el místico aparato de su majestad tremenda y pavorosa. Este es el ideal sublime y grandioso que baña y penetra todo el magnífico pensamiento del texto susodicho. El ruego, pues, de Jesucristo es de eficacia incontrastable; porque su oración es infinita, perenne, omnipotente. La indeficiencia de la fé de Pedro no es de este ni de aquel tiempo, no en tal ó cual lugar, no sobre esta ó aquella verdad; sino de los tiempos y lugares todos y sobre todas y cada una de las verdades que constituyen el inmenso depósito de la Revelación que se comete á su cuidado y enseñanza. La conversión que con una mirada de su Dios salvó al Gefe del Apostolado fué una contrición perfecta, acerbísima, perseverante hasta sus últimos momentos; sus lágrimas formaron dos surcos en sus mejillas semejantes al cauce de los ríos, y su humildad fué tan profunda que la vanagloria no volvió á encontrar cabida en su corazón fogoso; pero sobre todo las huellas de su infidelidad fueron completamente borradas por la predicación heroica del Evangelio, por sus decisiones inapelables en las cuestiones religiosas que en aquellos días se suscitaban y por el sello que puso á su gloriosa carrera confesando hasta el martirio el nombre de su adorado Maestro: á su vez los sucesores de San Pedro, una vez elevados al Magisterio Supremo de la Religión, están convertidos indeficientemente hácia Dios según que no podrán ser infieles en el desempeño desus augustas funciones relativas á la fé y á la moral; no tomarán nunca la verdad por error y el error por verdad, la virtud por vicio y el vicio por virtud en la enseñanza suprema que dieron á la Iglesia Universal; no negarán jamás la fé como Pontífices, porque bajo este aspecto están totalmente dependientes de Dios, el Espíritu Santo es el que habla en ellos en el campo de las verdades reveladas. Pedro perpetuado en los Obispos de Roma confirmará á todos sus hermanos, pastores y ovejas, preladados y súbditos, docentes y creyentes; porque esa confirmación es universal y sin límites; abarca á todos los hombres que quieran ingresar á la nueva sociedad, á todos los que quieran salvarse en el nombre de Jesús fuera del cual no se ha dado otro nombre en que pueda lograrse la unión con Dios. Y merece fijarse muy especialmente la atención en el aoristo de imperativo del último verbo correspondiente al latino *confirma*. En la lengua griega unido el aoristo al imperativo agrega al mandato con las ideas de lo pasado y de lo universal la idea de la evolución última, de la perfección absoluta de la acción ó actualidad imbibida en la significación del verbo, así como también la de la universalidad de la perfección misma en todos los elementos que constituyen el fondo del acto ó cosa que se manda. De manera que la confirmación del Sumo Pontífice á todos sus hermanos, ó al mundo entero; la palabra con que ha de mantener la vida en todas las inteligencias y en los corazones todos ha de ser la palabra de la verdad y de la virtud, pura, acendrada, perfecta; íntegra, sin un punto más ni menos, en suma; infalible. Y como el horizonte del espíritu es toda verdad y todo bien, la palabra del Lugar-teniente de Dios que al espíritu ha de vivificar, ha de ser universal y eterna, abarcando todo el orden sobrenatural cuyos alrededores

ha de guardar el Papa con ademan severo, é inundando de esplendor y de magnificencia todo el órden natural que emana de la Concepcion Eterna como el caudaloso rio del manantial puro y fecundo. Todas estas elevadas ideas y otras varias que nos hace omitir la brevedad dominan y resaltan en la expresion original de las palabras citadas como garantía de la indefectibilidad de la fé de los Pontífices Romanos. Todo va brotando de solo el análisis ideológica de los términos, sin necesidad de mas. ¡Con razon agradó al Altísimo la lengua griega para redactar en ella por medio de inspiradas plumas los conceptos divinos de su Sabiduría Infinita!

«Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas,» son, dijimos, palabras que envuelven otra garantía divina de la firmeza incontrastable del nuevo carril de la razon. En otro lugar nos hemos ocupado por extenso de ellas con el fin de manifestar con su exámen teológico é ideológico su irresistible fuerza para probar la Soberanía del Pontífice Supremo. A lo ya expuesto agregaremos que siendo las ovejas del Pastor de los Pastores todos los hombres y teniendo que ser apacentadas en el órden espiritual, como el alimento del espíritu es tan solo la verdad y la virtud, si la fé del Obispo de los Obispos no fuera indeficiente en la moral y el dogma, enseñando entónces el error y el vicio abreviaría las ovejas en emponzoñadas fuentes, las alimentaría con venenosos pastos; y lejos de ser Pastor seria envenenador y matador de la Grey de Jesucristo, y seria establecido para este fin por el mismo Pastor Eterno, supuesto que los pastos y las aguas de los espíritus son designados al Pastor de la tierra por el Dueño de ellos, el Pastor del cielo. ¡Oh! ¡Jesucristo mandando envenenar á sus ovejas! ¡Otra espantosa blasfemia!

Tambien analizamos ya con alguna difusion el otro testimonio sagrado, garante de la firmeza del carril en cuestion: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» El error y el vicio nunca podrán vencer el edificio de la Iglesia. La piedra, pues, la roca sobre que descansa tampoco se moverá ni será arrancada jamás. La fé del Vicario de Cristo nunca faltará. La Iglesia es el edificio en que están depositados los tesoros de la Revelacion, la verdad y el bien que se han de manifestar á los hombres. La casa de la verdad y el bien no encontrará su firmeza en el error y en el mal. El cimiento de ella debe ser tambien de verdad y de bien. Si el cimiento se desgrana y desmorona, si es minado ó arrancado, el edificio viene al suelo con horrible estrépito. Edificio firme sin cimiento sólido es imposible. Si las puertas del infierno prevalecen, pues, contra el fundamento de la Iglesia, la Casa de Dios se derrumba, y el Arquitecto queda burlado en su obra y sus promesas. ¡Otra horripilante blasfemia!

No hay que temer, por consiguiente, por la solidez del nuevo carril de la razon. Siempre que ella no se salga de él arribará feliz á su grandioso destino. El que reciba con sumision verdadera la palabra del Sucesor de Pedro; el católico que como tal asienta á la palabra del Pontífice, ese lleva su razon encarrilada, porque la promesa divina responde de su estabilidad.

Ese carril, dijimos tambien, es desembarazado y glorioso. 1.º Los horizontes que ofrece al exámen de la razon son inmensos. El caudal de las verdades reveladas no cabe en los estrechos límites de la inteligencia criada. Por mucho que esta remonte su vuelo impulsada por el vigor gigantesco del genio nunca

encontrará la meta de esa atmósfera infinita y de magnificencia suprema. El órden sobrenatural está de tal manera ligado con el natural, el cielo con la tierra, que la razon puede correr sin parar y jamás encontrará tropiezo ni obstáculo ninguno á sus investigaciones de todo género. Solo si, que no se descarrile porque perece. Esta es la única prohibicion que se le impone. Que no se despeñe, que no se arroje al abismo; que no se suicide; es todo lo que de ella se exige. Que no se aparte jamas de la fé, y en lo restante es dueña del campo. 2.º La gloria de la inteligencia es la verdad, la del corazon el bien. El espíritu nunca es mas glorioso que cuando se adhiere á Dios, Verdad y Bien Supremo. La razon caminando por el nuevo carril, va por las sendas gloriosas de la verdad y del bien; porque verdad y bien son la enseñanza cometida al Doctor y Maestro de la Iglesia Universal. Esto en nada envilece ni degrada al espíritu. El error y el vicio es lo que lo prostituye y lo deshonorra, y esos dos elementos de vileza y de muerte, están capitalmente proscritos de la nueva senda abierta á la razon. Solo, pues, gloria y honor es lo que adorna y llena el campo inmenso que puede recorrer el espíritu si quiere ascender á la cumbre de la inmortalidad.

Ya está, por tanto, colocada la razon humana en un nuevo carril firmísimo, cómodo y glorioso, despues de las espantosas caidas á que la precipitaron en los modernos tiempos sus tristes extravíos causados por el espíritu de la soberbia. El antídoto ha sido proporcionado á la ponzoña. Las últimas convulsiones son los postreros estragos del veneno. El elixir producirá muy pronto todo su efecto y Dios se habrá vengado una vez mas del enemigo del hombre, venciéndolo y humillándolo con las armas que en su orgullo creyera omnipotentes.—PRESB. RAMON LÓPEZ.

LA EXPOSICION MUNICIPAL EN MEXICO.

«Es digna de que le consagremos aunque sea un pequeño artículo, pues merecen mencionarse varios objetos notables de industria y artes que juntamente están llamando la atencion. En la imposibilidad de comprenderlos todos y sin tiempo para clasificarlos debidamente, hablaremos de algunos en el órden con que fuimos examinándolos. Si omitimos, tal vez, este ó aquel, acreedores á una mencion especial, será no voluntariamente, sino por la dificultad de verlos todos á causa de la multitud de gente que ocupaba el salon cuando lo visitamos.

Llamó desde luego nuestra atencion un bellissimo bordado que se encuentra en la primera columna de la derecha, al entrar. Representa á José explicando los sueños de Faraon; y no sabemos que admirar mas en ese cuadro si la perfeccion del dibujo, la propiedad de los colores ó la delicadeza del tejido, que desafía las miradas mas próximas y curiosas, sin que pierda nada de su mérito, aunque se le examine muy de cerca. No parece que en ese cuadro haya tenido nada que ver la aguja, sino solo el pincel mas esquisito, tal perfeccion se nota en los mas pequeños pormenores y en la expresion de cada una de las figuras de la interesante escena que representa. Tan notable trabajo ejecutó la Sra. Emma Francoz.

Tiempo ha que dimos noticia á nuestros lectores de las ricas canteras de mármol de Xintepéc descubiertas y explotadas por los Sres. Tangassi. Y hace pocas semanas anunciamos la terminacion de una hermosísima fuente trabajada por aquellos señores.

Ahora se ostenta en la exposicion, y merece verse detenidamente, ya para admirar la magnificencia del mármol, con otras muestras sueltas que